

GENARO ESTRADA

Nació en Mazatlán, Sin., el 2 de junio de 1887. Murió en México, D. F., el 29 de septiembre de 1937.

Poeta, internacionalista, crítico de arte, diplomático. Ocupó importantes puestos en la administración pública, llegando a ser, además de embajador en varios países, Ministro de Relaciones Exteriores. Prohijó la cultura en México desde sus posiciones, impulsando a literatos, historiadores, bibliógrafos a un trabajo de formulación de guías bibliográficas, recopilación de fuentes y edición de obras de extrema importancia. A él se debe la aparición de las Monografías Bibliográficas Mexicanas, el Archivo Histórico Diplomático Mexicano, la Biblioteca Histórica Mexicana de obras inéditas y muchas otras en las que dejó la huella de su amor por la cultura.

Escribió varias obras, entre ellas, *Visionario de la Nueva España. Fantasías mexicanas* (1921); *Bibliografía de Amado Nervo* (1923); *Los poetas nuevos de México. Antología con noticias biográficas, críticas y bibliográficas* (1916); *Senderillo a Ras* (1934); *Ascensión de la Poesía (Nervo)* (1934); *Crucero*, poemas (1928); *200 notas de bibliografía mexicana* (1935); *La doctrina de Monroe y el fracaso de una conferencia panamericana en México* (1959); *Episodios de la diplomacia en México, primera serie* (1928); *Esculera, Tocata y Fuga* (1929); *Pedro Galín* (1926); *Genio y figura de Picasso* (1936).

Prologó la *Historia de la Dominación Española en México* de Manuel Orozco y Berra (1938); y muchas otras más recogidas por Juan B. Iguíniz, Vid. *Infra*. Tradujo a Jules Renard: *La Linterna Sorda, El Viñador en su viña* (1920), etc.

Se han referido a él y su obra: Juan B. Iguíniz, *Biografía del Señor Genaro Estrada, presentada en la inauguración de la Biblioteca Escolar que lleva su nombre*, México, D. F. [s.e.], 1941, [1/31/1] h., mimeóg; Arturo Torres Riosco, *La obra de Genaro Estrada*, Madrid, 1929; Genaro Fernández Mac Gregor, *Genaro Estrada*, México, Fábula, Imp. de Miguel N. Lira, 1938, 45 p. Il. En nuestros días le ha recordado con gran simpatía Porfirio Martínez Peñaloza, "Cincuentenario de los poetas nuevos... de Genaro Estrada", *El Nacional, Revista Mexicana de Cultura*, No. 1008, 24 julio 1966, p. 1-2.

Fuente: Genaro Estrada. *La ciudad colonial*. En *El Turista Mexicano*. México, Vol. I. Nos. 4-5, Nov. 1932, p. 37-39.

LA CIUDAD COLONIAL

Desde las torres de la catedral, la ciudad de México es una vasta llanura gris cortada en todas direcciones por las líneas rectas o sinuosas de sus calles. Sus lejanos límites casi no se distinguen a la simple vista y las últimas casas se confunden, a veces, en el término del horizonte. Por la tarde, a la hora del crepúsculo, cuando la luz del sol se prende solamente en las partes altas de los edificios y las calles comienzan a perder sus contornos entre las sombras que llegan, México es todavía la vieja ciudad colonial de hace algunos siglos. Piérdense, desde allá arriba, las particularidades de la vida moderna; desaparecen los detalles que las nuevas civilizaciones han marcado y sólo se distinguen, como en lienzos borrosos, los conjuntos grises de las construcciones y las manchas verdes de las arboledas. Pero contra la luz en fuga de la tarde, destácase neto, inconfundible, todo lo que resalta entre el caserío, todo lo que se eleva por sobre los techos y las líneas de las construcciones.

Y he aquí, por todas partes, las torres, las antiguas torres de las iglesias, de los conventos, de las capillas y de las ermitas; las altas torres de dos cuerpos, delgadas y eminentes, acribilladas por las luces que atraviesan sus ventanales; las torres bajas, como un cubo de piedra, que albergan una sola campana; las torres de remates piramidales, con sus cruces de hierro; torres grises, ennegrecidas por las lluvias y los siglos; o blancas, blancas y resplandecientes de sol, vecinas de los barrios humildes, de las gentes sencillas, de los cristos milagrosos y de las abejas que melifican en las rinconadas; unas, con recias campanas de pátina verde; otras, con esquilonos que voltean en los gruesos maderos pintados de vivos colores y con campanitas que no cesan de llamar, agitadas por las cuerdas que las beatas tiran desde la sacristía; torres brillantes, con caperuzas de azulejos; torres de mayólicas multicolores y rejas de hierro, como miradores árabes; torres en cuyos nichos se albergan polvosos santos de terracota; o abandonadas, ahora habitáculo de murciélagos; o alegres, adornadas con flores de papel y guirnaldas de encino.

¡Y cúpulas! La cúpula de la Santísima, que parece una compotera; la cúpula de la Soledad, maciza y grave, con sus medallones blancos sobre la piedra negruzca; la cúpula del Señor de Santa Teresa, eminente y esbelta, con su linternilla como un tabor de la China; la de Loreto, que es un caracol que avanza los dos cuerpos agudos de sus torrecillas; la de

Santa Inés, que siempre lleva su traje de fiesta, con galones anaranjados y azules; la de la Enseñanza, birrete de doctor teologal; la de la Encarnación, que reza al cielo oraciones en esmalte blanco; la de Santa Catarina, ancha y aplanada, con su orla de ventanas; cúpulas bajas y poligonales; cúpulas con cinturones de pilastras; cúpulas ovoides; domos vastos hechos para albergar allá abajo, en los cipreses de las iglesias, las suntuosidades de la liturgia; para que resuene en sus paredes cóncavas el trueno de los órganos; o parvos y sencillos, acogedores de las voces de los niños en las tardes blancas del mes de María, y del zureo de las palomas del valle mexicano en las mañanas calurosas de julio.

Por todas partes la mirada encuentra en las salientes de las construcciones la visión de la ciudad colonial. Ahora son los remates que se elevan sobre las fachadas de las mansiones, de los antiguos colegios, de los templos; aquéllos son los de la casa del conquistador; estos otros los del real palacio; ahí están todavía los que rematan el sentimiento de San Ildefonso: por allá se distinguen aún los de la casa del conde del Valle de Orizaba; ved cómo se destacan, cual chinescas torrecillas de kaolín, estos del palacio de los azulejos. Y todos de piedra, blancos, grises, negros; remates que figuran birretes de la vieja universidad; toscos remates franciscanos hechos para coronar fortalezas y sostener arcabuces defensores de la fe; estípites barrocos con ornamentaciones pomposas; almenas piramidales; remates bárbaros, labrados por recios artesanos; remates de bola, de llamas, de hojas, de pebeteros, de urnas. . .

Allá abajo la ciudad ha perdido sus contornos; las gentes son sombras que se deslizan con apresuramiento; suena el ángelus; sube de las calles un sordo rumor de cosas que hablan y de cosas que ruedan: apenas en la serranía occidental hay una fulguración violeta que va ahogándose; las torres, las cúpulas, las almenas, se dibujan contra el cielo como siluetas en una pantalla. A estas horas y desde la torre opuesta, don Francisco Cervantes Salazar debe contemplar la ciudad, su vieja ciudad. Por allá abajo pasa la sombra del señor don Carlos de Sigüenza y Góngora, camino de su casa en la vecina calle del Hospital del Amor de Dios. Junto al Palacio hay gente armada: quizás son los alabarderos que montan la guardia. Ahora mismo, allí enfrente, el Cabildo discute una merced de agua que le ha solicitado Antón Gallo, alarife. . .

De pronto, como si se hubiera alzado un telón, diez mil lámparas eléctricas se encienden en toda la ciudad.